10ª Reimpresión
133.000 ejemplares
VENDIDOS

Astrid Legarda

EL VERDADERO PABLO

Sangre, traición y muerte...

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

... En las confesiones de Alias "POPEYE" su principal lugarteniente.

Ediciones Dipon
Ediciones Gato Azul

Astrid Legarda

EL VERDADERO PABLO

Sangre, traición y muerte...

Ediciones Dipon
Ediciones Gato Azul

A nuestras familias que con paciencia y amor
han soportado los errores que hemos cometido
y siempre han estado ahí…

A mis amigos... que con su valentía y sacrificio
nunca se sometieron y hoy merecen otra
oportunidad…
por la paz de Colombia

Al pariente y su primo Félix «El Gato con Botas»,
por estar cerca de nosotros y brindarnos su amistad
sin esperar nada a cambio.

Agradezco a la Editorial por creer en mí y tener el
valor, cuando todo el mundo prefirió seguir
callando lo que el país necesita saber…

Gracias a todos los que de una u otra forma
contribuyeron a que el sufrido pueblo colombiano,
conozca la verdad de esa parte de la historia de
guerra que jamás debe volver a ocurrir…

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

«Hola linda, yo soy Popeye»

En 1998, conocí a *Jhon Jairo Velásquez Vásquez,* alias *"Popeye"*, lugarteniente del *Jefe* del *Cartel de Medellín,* **Pablo Escobar Gaviria**. Este primer encuentro se dio en el patio de alta seguridad de la cárcel *Modelo* en *Bogotá*.

Yo visitaba el centro de reclusión con frecuencia, como periodista del canal R.C.N TELEVISIÓN. Permanentemente estaba realizando entrevistas o dialogando con los reclusos para registrar noticias de lo que pasaba dentro de la cárcel.

En esa época, los enfrentamientos entre guerrilleros y autodefensas, eran pan de cada día. Diariamente se escuchaban las balaceras dentro de la prisión, los diferentes bandos peleaban por su control.

Siempre quise conocer a alguno de los miembros del *Cartel de Medellín*, tenía curiosidad de saber quiénes eran, cómo lucían y qué pensaban estos hombres que pertenecieron al más poderoso *cartel* de drogas que haya existido en Colombia. En este patio pude hablar con dos de ellos. El más representativo, *Jhon Jairo Velásquez Vásquez,* alias *"Popeye"...*

«Hola linda yo soy Popeye»... El hombre que tenía frente a mí me miraba fijamente; su palidez reflejaba los 6 años que llevaba en prisión y parecía que nunca tomaba su hora de sol.

"Popeye" me sonreía con curiosidad, mientras sus fríos ojos me examinaban de arriba a bajo. Nos presentó otro recluso, Ángel Gaitán Mahecha, sindicado de paramilitarismo y homicidio.

Mi primera impresión fue de sorpresa y curiosidad; yo también lo examiné de arriba a abajo. No sobrepasaba el 1.70 metros de estatura, su cuerpo delgado y su sonrisa a flor de piel, no causaban temor alguno. Yo pensaba que así, desde mi perspectiva, este hombre no asustaba a nadie, pero tampoco podía desconocer la cantidad de homicidios en los que participó.

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

Quería saber cómo era su mente, cómo se planearon y quiénes participaron en los más tenebrosos homicidios que el *Cartel* realizó en la época de la guerra contra el Estado.

Yo había imaginado al lugarteniente de Pablo Escobar Gaviria como a los asesinos de las películas de terror: frío, de pocas palabras y actitud de malvado todo el tiempo. Pero no, este malo estaba dotado de una genialidad increíble, no sólo para el crimen también para hacer reír a todo el mundo. Sus compañeros de reclusión ya estaban acostumbrados a sus bromas, para todo tenía una respuesta...

Popeye me tomó del brazo y me dijo: "tranquila linda, que yo no muerdo" y me invitó a tomarme un tinto en medio de la mirada curiosa de sus compañeros...

Nos sentamos en una mesa grandísima que servía de comedor a los internos. No había comenzado a tomarse su tinto, cuando yo ya lo estaba bombardeado con toda clase de preguntas. Mi curiosidad periodística no se saciaba con nada; el hombre me respondía todo sin ocultar detalle; reía a carcajadas con tanta *preguntadera*.

Como periodista no podía perder semejante oportunidad de saber cómo pensaban y actuaban Pablo Escobar y sus secuaces.

Al finalizar el día, hacia las cinco de la tarde, el guardia anunció que terminaba la visita y era hora de salir de la cárcel. Para ese momento yo ya le había propuesto a *Popeye* que escribiéramos un libro; él rió y me confesó que yo le inspiraba confianza y que si algún día se decidía a hacerlo, sería conmigo.

A mi salida de la cárcel y después de conversar con el lugarteniente de Pablo Escobar, estaba sorprendida de la capacidad de maldad que pudo acumular un grupo de hombres que se creía con la verdad absoluta, y peor aún, de la corrupción de personas pertenecientes a varias instituciones del Estado que fueron capaces de sucumbir a los encantos del dinero de Escobar Gaviria.

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

Pero lo increíble de las historias escuchadas ese día, era que habían pasado en Colombia y sabía que muchísima gente, al igual que yo las desconocía. Por eso decidí que, a pesar de su primera negativa por escribir el libro, seguiría, durante el tiempo que fuese necesario, insistiéndole a *Popeye,* para que se animara a relatarme sus vivencias y así poder confrontar su destino.

Lo cierto es que, destino o no*, Popeye* decidió autorizarme para realizar su libro. Él dijo que lo haría cuando llegara el momento y ese momento se dio hace diez y seis meses, cuando me llamó y me dijo con su forma particular de molestar: *«Hola linda me fugué».*

La voz al otro lado de la línea era inconfundible. *"Popeye"* estaba llamando desde la cárcel de máxima seguridad de *Cómbita*, en *Boyacá*. Ya me había acostumbrado a su sentido del humor; mantuvimos contacto telefónico durante todo el tiempo.

"Linda, póngale ganas, vamos a escribir el libro".

Yo pensé que seguía bromeando, pero ahí estaba él, entusiasmándome con la idea. Acordamos la cita para el siguiente domingo, día en que yo entraría a la cárcel de *Cómbita* en calidad de visita familiar, para coordinar cómo comenzaríamos a trabajar.

El reloj marcó las tres de la mañana; lo miraba insistentemente esperando que me recogieran. El frío, el sueño y la ansiedad me impacientaban. A las 3:15 el carro llegó; partimos hacia la cárcel de *Cómbita*, situada a tres horas de *Bogotá*. En el patio 2 de la cárcel me esperaba *"Popeye".*

Después de los innumerables trámites e incomodidades a los que hube de someterme debido a la burocracia carcelaria, pude por fin escuchar el *"hola linda"* del saludo de *"Popeye".*

El rostro del hombre que tenía enfrente ya reflejaba las huellas de la cárcel. Hacía 3 años que no lo veía. Su cabeza estaba completamente blanca. A pesar del corte militar y del paso del tiempo su cuerpo se

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

veía atlético, en esa ocasión.

Durante un rato hablamos de diversos temas, pero, ante la premura del tiempo, empezamos a fijar los lineamientos de cómo hacer este libro. Él escribiría sobre todo lo que se acordara, desde su infancia hasta su estadía en la cárcel; no importaba el orden, pero se trataría de manejar todo, cronológicamente. Se denunciarían algunos personajes relevantes dentro del entorno mundial, pero lo más importante era la historia de *Popeye* al lado de Pablo Escobar Gaviria; su vida, sus gustos, las anécdotas que permitieran al lector conocer la vida real y verdadera personalidad del hombre que le causó tanto daño al país.

Sacar de la cárcel las libretas con los apuntes fue realmente una verdadera odisea. Basándonos en esas sus memorias y apoyándonos con las visitas que le hacía cada quince días, finalmente terminamos el libro, en el que también pude consultar a otras personas que permitieron corroborar algunas historias.

Este libro tiene algunos errores de ortografía, redacción y tiempos; así se ha querido mantener para conservar el valor histórico de la crónica escrita y contada desde la cárcel por Jhon Jairo Velásquez Vásquez, alias *Popeye*, uno de los bandidos más famosos que sobrevivió a la guerra del *Cartel de Medellín* quien hoy acepta que no valió la pena la muerte de tantas personas inocentes y menos, el sacrificio de su propia juventud detrás de un ideal que finalmente resultó utópico. Por eso él siempre afirma que, a pesar del esfuerzo de algunos guardianes por destruirle su libro, quiere que se conozca la verdad.

Astrid Legarda

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

…Yo soy *Jhon Jairo Velásquez Vásquez*…

…Yo soy *Jhon Jairo Velásquez Vásquez*, alias *"Popeye"*, por muchos años hombre de confianza de *Pablo Emilio Escobar Gaviria, "el Patrón"...*

…Yo soy uno de los únicos tres supervivientes de la cúpula del *Cartel de Medellín*.

Esta es la historia de mi vida y de mi actuación dentro del *Cartel*, de mi amistad con *Pablo Escobar Gaviria*, y de los crímenes presenciados y cometidos bajo sus órdenes.

Esta gélida celda ha sido mi hogar en los últimos 12 años. Aquí he agotado los días finales de mi juventud, he encanecido y hoy todos me llaman *"el viejo Pope"*.

Nunca estuve solo en estos años de prisión. El fantasma de *Pablo Emilio Escobar Gaviria* ha permanecido a mi lado, en los interminables días y las largas noches; su presencia, todavía vigente, sigue hoy marcando los tiempos de mi vida. Vivo o muerto, su avasalladora personalidad continúa señalando mi camino, tal como lo hiciera desde el primer día en que le vi…

"El Patrón" me brindó su amistad, me hizo parte de su más cercano grupo, adentrándome en su intimidad, lo cual me ha permitido descifrar en algo su compleja personalidad. Por eso, estoy seguro que mi crónica contribuirá a forjar la imagen de *El verdadero Pablo*… el hombre cuya sangre fría mantiene aún su indeleble huella en el país que sometió y transformó a su antojo. Los errores que cometimos, ahora pesan más que nunca sobre mis hombros.

Hoy es 8 de enero de 2004. En esta lóbrega y fría celda del penal de *Cómbita, Boyacá*, escribo las líneas finales de éste, mi testimonio…

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

Capítulo I

El comienzo

Me mira a los ojos en forma penetrante. Es como si estuviera leyendo todo mi pasado. Su pupila, en milésimas de segundo, recorre cada rasgo de mi rostro. Mirándome a la cara registra mis facciones. Sé que observa el corte de pelo que tengo. Cuando contesto su pregunta, se detiene en el movimiento de mis labios, como si dominara un código secreto con el que detecta si se le dice la verdad o se le miente. Se fija en mis manos. Son segundos eternos. No sé, en ese momento, si lo que siento es miedo o profundo respeto. Lo que sí sé, es que es uno de los mejores días de mi vida. ***Pablo Emilio Escobar Gaviria***, el *Capo de Capos*, el *Señor*, el *Patrón*, el *Jefe*, el hombre más temido, poderoso, y rico de Colombia, se ha fijado en mí…

—*¿Y usted quién es*?, —me pregunta.

—*Me llaman "Popeye", Don Pablo, y soy el chofer de la señorita Elsy Sofía,* —le contesto.

Lo de señorita, le debe parecer una ironía, porque se dibuja en sus labios una sutil sonrisa. Tamborea con sus dedos suavemente en el marco de la ventanilla de la camioneta donde estoy sentado. Coloca los pulgares dentro de sus pantalones, como sujetando su barriga contra la hebilla del cinturón de cuero que lleva puesto; se dirige a paso lento al interior de su hermosa casa, ubicada en una colina del prestigioso barrio *El Poblado,* de *Medellín*. Está sereno y radiante. La mujer que le acabo de llevar es realmente hermosa. Nada menos que la señorita *Medellín*... Una rubia de la alta sociedad *paisa*, de rasgos finos y elegantes. Su piel es blanca y suave. Las piernas le llegan al cuello. Viste ese día un delicado traje rojo, que hace juego con sus elegantes zapatos, cuyo modelo deja al aire los talones. Lleva un finísimo reloj *Cartier* y, en su cuello, un solitario diamante de muchos quilates.

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

Como muchas otras cosas, se los ha regalado el *Jefe* en anteriores citas amorosas. El perfume que usa es realmente exquisito. Desde el momento que la recojo en su casa, advierto que no tiene puesta ropa interior, excepto un minúsculo corpiño negro de encaje, que sujeta su hermoso y exuberante busto. Esta mujer es una verdadera fantasía para cualquier hombre. No tiene nada que envidiarle a ninguna de las estrellas de moda en Hollywood.

. . .

La primera vez que nazco, —porque en el transcurso de mi vida, me he muerto muchas veces—, lo hago en *Yarumal*, un pueblito de clima frío a 230 kilómetros de la ciudad de *Medellín*, el 15 de abril de 1962.

Mi padre, pequeño ganadero y negociante de la región; mi madre, ama de casa, mujer santa y de sólidos principios, creyente y totalmente practicante. Aferrada a su fe, reza todos los días el rosario en compañía de sus hijos. No falta la ida a misa, sin excepción, los domingos. Al salir de la iglesia siempre nos da el premio de un helado. Nuestro único privilegio es escoger entre dos sabores: vainilla o fresa. Una de las cosas que más disfruto es ir donde mi abuela paterna, quien siempre me ofrece un delicioso dulce de leche. Pero ese placer tiene su precio. Debo cruzar por el cementerio. En este lugar reposan los restos de dos de mis hermanitos que, según mi madre, nacieron muertos. El camposanto de noche es fantasmagóricamente blanco y más frío que el resto del pueblo. Cruzarlo es mi gran pesadilla.

Sin darme cuenta de nada, ya he alcanzado los cinco años de edad, cuando un día mi padre decide cambiar nuestro lugar de residencia y nos lleva a vivir a *Itagüí,* una población a escasos 30 kilómetros de la ciudad de *Medellín*. Allí, el mundo se me abre dramáticamente y en forma frenética. La felicidad me llega sin avisar y sin curso de preparación. Niños por doquier, jugando, montando en bicicleta, yendo y viniendo del colegio, haciendo fila para el cine. La actividad es total, locales por todas partes llenos de dulces, cientos de automóviles y motocicletas. Música de cantina, billares, *bailaderos*. Aunque de nuevo la iglesia es el sitio de asistencia obligada para mi mamá todos los domingos, ahora ese aburrimiento es llevadero y soportable, porque presagia la fantástica hora en que

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

termina la tediosa misa, para poder salir a jugar con los demás niños y, por supuesto, cobrar el premio mayor: un verdadero y gran helado, no como los de mi pueblo. Ahora, además de la vainilla y la fresa, están el chocolate, la mora, el ron con pasas, el coco, la guayaba, el tamarindo, la guanábana y muchos sabores ofrecidos en colores hermosos. Allí los helados son verdaderamente fríos. Ahí descubro que el congelado de mi pueblo es mentiroso. La venta de helados queda a seis casas de la mía, en un pequeño local. Es el lugar de mis sueños, mi nuevo santuario.

Llega la época del estudio, donde debo ingresar al colegio. Me siento importante. Incluso mi padre me entrega modestas sumas de dinero y descubro con ello la libertad. Puedo comprarme los helados que quiera. Pero la felicidad no viene sola, con ella me llega el odio. La culpable: una maldita profesora que nos maltrata físicamente y nos intimida con el infierno. Su sola presencia infunde miedo. Es aquí, en el colegio, donde tengo mi primer gran problema. Me toca hacer el aseo del salón de clase, como castigo a una de mis tantas pilatunas; realizando la labor encomendada, el trapeador tropieza accidentalmente en la base de madera sobre la cual reposa la insignia del colegio. Tumbo, sin querer, al *Niño Jesús de Praga*. La estatua de yeso vuela en mil pedazos. Nunca he visto tanto odio en los ojos de una persona. La profesora me pega, casi con sevicia y además me profetiza lo que efectivamente algún día me ocurre. Me dice que el diablo vendrá por mí. A partir de ese día, emocionalmente quedo intimidado. Nuevas pesadillas me acompañan. Sin embargo, mis reflexiones de niño me dicen que esa profecía es imposible que se cumpla, porque en mi casa se reza todos los días el rosario y los domingos sin falta asisto a misa. Yo soy técnicamente amigo de Dios y se supone, en consecuencia, de su equipo. Me sé de memoria muchas oraciones. Eso me tranquiliza un poco. No obstante, la bruja profesora día tras día me tortura tanto con mi viaje al infierno que, cuando voy a la iglesia, siento que los santos ubicados en las alas laterales de la misma, con su mirada fija e inquisitoria y la postura de sus manos, constantemente me condenan. A tal punto llega aquello que, por temor, decido esconderme en las procesiones típicas de Semana Santa, cuando las figuras son sacadas a recorrer el pueblo. No sé por qué razón deduzco que si no soy amigo

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

de Dios, entonces Dios no es mi amigo, ni de nadie. Es imposible que Él esté del lado de la bruja. Termino el año escolar y me marcho del maldito colegio.

Ocurre entonces lo que tiene que ocurrir. Me topo de sopetón con el diablo. Es el día en que veo de frente y a los ojos, a la mismísima muerte. Se arma una pelea tremenda entre dos hombres, con machete, en la esquina de mi casa. El sonido del metal con metal, retumba en forma estereofónica en mi cerebro. Empieza a salpicar la sangre por todos lados. Mi corazón palpita a mil por hora. Es una mezcla de miedo y placer. El miedo al futuro. El placer de la curiosidad morbosa. La pelea llega hasta el único lugar al que jamás debería llegar... a mi santuario, a la venta de helados. Uno de los combatientes tropieza y cae al suelo; allí es brutalmente ajusticiado por su oponente, quien le corta la yugular. La sangre brota a borbollones. Sorprendentemente, no corro; todo a mi alrededor ocurre en cámara lenta. La sangre ejerce su fascinación y quedo hipnotizado. Mis sentidos se agudizan. Su color es hermoso, brillante, limpio. Es la vida. Es Dios. Es el diablo. Espero hasta que la víctima muera y el victimario huya. Me quedo mirando al muerto y no siento miedo. Nunca volveré a sentir miedo. Ahora sé que puedo pasar frente al cementerio de mi infancia sin temor a sus blancuras fantasmagóricas. Camino lentamente hacia mi casa. Yo ya no soy el mismo. Dejo de ser niño. El bautizo ha sido en el santuario de mi heladería. He perdido la inocencia. Nazco a un nuevo mundo inimaginado, insospechado. Desde ese día, inconscientemente, busco la violencia. Me la quiero encontrar de frente. Me vuelvo rebelde, peleador, pendenciero y agresivo. Quiero ser malo, todo un bandido. Porto una pequeña daga. Robo fruslerías en los almacenes y en mi casa. Nada me importa. Al fin y al cabo Dios no me ayuda, por más que rece el rosario y repita las oraciones aprendidas. No me ayuda. Entonces, como lo presagia la bruja de mi profesora, me convierto en el más firme candidato para llegar al infierno.

Transcurre el tiempo y un buen día mi panorama empieza a dibujarse con trazos que dan mensajes equivocados. La persona más importante de *Itagüí* en ese momento, un Coronel del *Ejército*

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

Nacional, cae en combate contra las *Fuerzas Revolucionarias Armadas de Colombia (FARC)* en las montañas cercanas al lugar. Su cuerpo es llevado al pueblo y velado en la sala de su casa. Yo, aún con mis pantalones cortos, soy uno de los pocos privilegiados que puede ingresar a la residencia. En la sala, cuatro cirios enmarcan un imponente y hermoso féretro color café, cobijado con la bandera tricolor de mi patria y sobre ésta, un sable acompaña el laureado kepis del oficial. Me doy cuenta que ser militar en este país es ser alguien importante. Unas viejas feas lloran desconsoladas. Algunas mujeres oran con respeto reverencial, como si estuvieran en presencia de un santo. Todos narran las innumerables hazañas militares del fallecido coronel. El lugar huele a gloria y a grandeza. El cortejo fúnebre solemnemente recorre las calles hasta el cementerio de la localidad. Lo acompañan dolientes, chismosos, gente importante del pueblo y muchos militares. Con la fosa abierta y despidiendo al coronel, suena la trompeta del ejército entonando una hermosa diana. Pareciera que la trompeta llorara. Nace entonces mi fascinación por la vida militar. Siento la misma atracción espiritual percibida el día en que vi mi primer muerto.

La violencia generada por los enfrentamientos políticos arrecia en mi pueblo y sin duda, me vuelvo beligerante y polémico. A los doce años, tengo mi segundo encuentro violento con el destino. Cuando voy camino al colegio, dos hombres a bordo de una motocicleta marca *Lambretta*, atracan a un policía que transporta el dinero de las ventas de un almacén de cadena llamado *El Ley*. El policía, al oponer resistencia, muere en un cruce de disparos, no sin quedar uno de los asaltantes herido, aunque el dinero finalmente es tomado como botín por los bandidos. Cuando ya formo parte de la organización, como lugarteniente de Pablo Escobar, en una de las innumerables tertulias, me cuenta Pablo que en sus comienzos en el mundo del crimen y acompañado por el *Negro Pabón*, asaltaron a un policía por el producido de un día de ventas del almacén *El Ley,* en mi pueblo de infancia. Ese día Pablo es el herido. Curiosa paradoja de la vida, mostrándome mi destino. Yo, el niño inocente, sin saberlo, contemplaba a mi futuro maestro. Desde entonces Pablo Escobar no guarda buenos recuerdos de la región, ya que también allí es capturado con un cargamento de

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

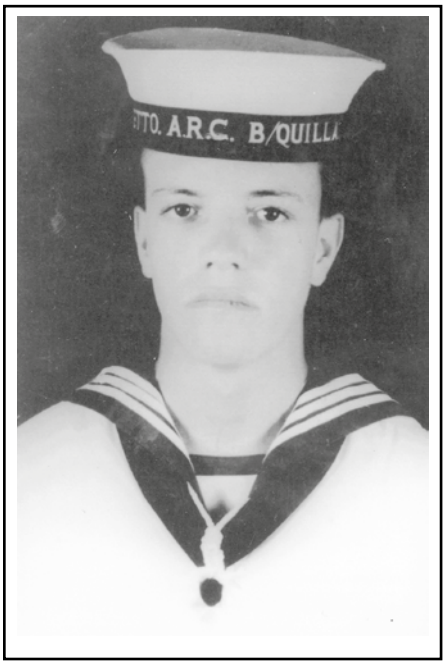
cocaína que le decomisan. Es la mafia que conmociona la cotidianeidad de *Itagüí* y determina los ideales de aventuras y riesgo de muchos jóvenes, entre los cuales yo me encuentro, pues las peleas a machete y cuchillo son ya historia. Las armas de fuego entran en escena y nos cautivan. Hablamos y soñamos con tener un día nuestros propios *fierros*. Empiezo a oír cuentos callejeros de presencia, en la localidad, de presuntos secuestradores buscados por las autoridades. Un día cualquiera, en una prendería a la vuelta de la manzana en donde vivo, el *C.A.E.S.* (*Comando Antiextorsión y Secuestro*), un organismo civil de seguridad, ametralla a todos los que se encuentran allí. Son cinco los muertos. Dicen que van tras una banda de secuestradores; un gran charco de sangre es el único testimonio de las víctimas. Presencio mi primera masacre a manos del Estado.

Estudio en el colegio del Rosario, en mi municipio, cuando es plagiado el industrial y benefactor *Diego Echavarría Misas*, el hombre más rico de la región. Ayuda a mi colegio con dotaciones, dona la biblioteca pública de *Itagüí* y sus limosnas en la iglesia tienen fama por lo generosas. Los profesores nos hablan de él con exageración y nos obligan a quererlo hasta la idolatría. Mi colegio se ensombrece de repente. Una vez más, la muerte es la protagonista. Los secuestradores han asesinado al benefactor del pueblo. Todos vamos al entierro, conmovidos. Algunas compañeras lloran desconsoladas. La banda de guerra del colegio toca con duelo, pompa y lástima.

Entre tanto, mi padre avanza, prospera en sus negocios y compra una casa en el centro de *Medellín,* sacándonos de *Itagüí* al nuevo barrio llamado el *Éxito de Colombia*, habitado por personas de clase media alta. Estreno nuevamente otro mundo, integrado esta vez, por personas tranquilas y reservadas. Entro a estudiar al colegio *Ferrini,* cerca del barrio. Es una época bonita, libre de influencias violentas. Sigo motivado con mi admiración por la vida militar. Ingreso, sin mayor dificultad, a la *Escuela Naval de Grumetes* en la ciudad de *Barranquilla*. La *Escuela Naval* se ve muy bonita en los folletos de promoción, pero sobre el terreno es otra cosa muy distinta; por ningún lado se ven los barcos y las lindas travesías por el Océano Atlántico.

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

La escuela es un horno lleno de incomodidades y con nada me identifico. Desmotivado, pido ser dado de baja, lo que me valió la burla de mis vecinos y el apodo que me a acompaña desde entonces, cuando *Diana*, la hija de un comerciante en maderas, al verme comentó: *"Ya está de vuelta Popeye el marino"*.



Jonh Jairo Velásquez Vásquez con uniforme de la Escuela Naval de Grumetes

Intento nuevamente luchar por mi ideal de gratas impresiones y concurso para ser admitido en la *Escuela de Oficiales de la Policía Nacional*, donde ingreso como aspirante a cadete en la *Escuela General Santander*. Sueño que recibiré un día los mismos honores del coronel de mi infancia. Sin embargo, la felicidad dura poco. Una vez que visto el uniforme verde, el cual porto con orgullo, entusiasmo e inocentes ilusiones de grandeza, un alférez, llamado *Hernán Darío Gallo,* me empieza a mostrar cómo se corrompe la oficialidad dentro de la institución, recibiendo regalos de los mafiosos y los políticos que defienden el régimen. Si la cosa es por plata, mejor me voy a buscarla en otro lado… es mi conclusión. Quiero ser bueno, pero el destino se empeña en no permitírmelo... Esa doble moral de la institución me desalienta y con la lección bien aprendida, me retiro desencantado. Ahora sé que los policías tienen un precio. Desde luego, saber esto salva muchas veces mi vida. Con el alférez *Gallo*, ya hecho oficial y con el grado de capitán, el destino nos cruza en un restaurante del barrio *Laureles* de la ciudad de *Medellín*; uno de sus hombres muere, otro sale herido y él, ileso; yo recibo un raspón, en mi muñeca derecha, de una de las balas del capitán. Es el hado caprichoso y jugando con mi vida. Cuando regreso a mi barrio, fracasado en mis intentos de ser un muchacho bueno, me encuentro con el juicio cruel

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

de mis compañeros: *"Vos, Popeye, no servís pa` nada"*.

Una persona llamada *"Nandito"*, un hombre buena vida que trabajaba para Pablo Escobar en las labores administrativas, me pide que lo acompañe a revisar un toro mecánico a una hacienda del mafioso. Parto, con el ingeniero, al Magdalena Medio Antioqueño. Llegamos a una gran hacienda que tiene una pequeña avioneta decorando su portal. Es la famosa *Hacienda Nápoles* de Pablo Escobar Gaviria y Gustavo de Jesús Gaviria Riveros. Nos dirigimos al área de la piscina, donde está empotrado un toro mecánico. Mientras el ingeniero revisa la máquina, yo me deslumbro con la riqueza y el poder que se respira en aquel lugar. Le paso las herramientas a *"Nandito"* pendiente todo el tiempo, queriendo ver al famoso Pablo Escobar. Unos hombres armados, sentados en las sillas alrededor de la piscina, delatan su presencia en la *Hacienda*. Cuando ya nos vamos, Pablo se asoma al balcón del segundo piso. Ahí está, pensativo, mirando al horizonte. Ensimismado y distraído; como resolviendo un problema. Nosotros salimos de la casa, satisfechos con el espectáculo. Todo el camino en silencio, gratamente impresionado con la imponencia y el poder magnético que inspira este hombre…

En mi barrio, las mujeres hermosas eran cuatro. Enloquecían a todos los muchachos con su porte y su cadencia al caminar. Yo, particularmente moría por una de ellas, la más bella; pero desde mi posición de fracasado, era imposible pensar en tenerla. La frecuentaba *Roberto Striedinger*, uno de los pilotos de Pablo Escobar Gaviria. Conduciendo sus flamantes automóviles, la buscaba en las tardes, cuando ella estaba aún en uniforme de colegio. Sin embargo, el destino la marcó para que más adelante fuese mi esposa y me diera a mi único hijo, Mateo. Con el tiempo descubrí que Ángela María Morales Velásquez es una mujer sin principios. Lo que le sobra de piernas y cuerpo le falta en decencia. Una muñeca al servicio de la mafia. Pero por mi niño Mateo vale la pena haberla tenido de paso. Otra de las muñecas es Claudia Zapata, quien termina su vida en los líos que genera la mafia. Las otras dos muñecas, también marcadas por las leyes de la mafia, son Sandra y Mónica.

Pero la ambición por el dinero y la codicia destruyen todo lo

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

que tocan. Mi vida trascurre monótonamente en el barrio, entre las inocentes locuras de la juventud y mis suspiros de enamorado platónico por Ángela María.

Dejo mi empleo con el ingeniero y estoy un año desempleado. Una tarde sentado en la esquina de mi casa, junto con mis amigos Hugo Franco y Juan Diego Morales, hermano de Ángela María, llega mi dramático destino disfrazado de oportunidad de empleo. Un conocido nos ofrece, a los tres, el trabajo de chofer y guardaespaldas de una bella mujer. Estamos en la calle tomándonos una cerveza y escuchando tangos. Hugo, hijo de un médico, lo rechaza de plano y se ofende. Juan Diego, hijo de un pensionado, hace lo mismo. Yo acepto de inmediato. Tomo mi empleo con responsabilidad y entusiasmo. Mi nueva patrona, Elsy Sofía, es la amante de Pablo. No lo puedo creer. Yo, el niño de Yarumal, que ya no le teme a la muerte, que quiere honores de coronel, ahora conozco los lugares secretos en donde el Capo de la mafia más poderosa del mundo, disfruta de sus citas amorosas. Mi misión es llevarla a las tiendas exclusivas de *El Poblado* y *Oviedo*, a la peluquería, a los gimnasios, a las clínicas de cirugía estética donde se pone bonita para el *Jefe*. La espero, hasta altas horas de la madrugada, cuando concluyen sus lujuriosas y lascivas noches de amor. Ahí, haciéndome poco a poco amigo de los guardaespaldas de Pablo Escobar, obtengo su aprecio y confianza, en medio de las sonrisas que nos producen los gritos y los quejidos de la mujer, durante sus orgasmos. No cabe duda, el *Patrón* es afortunado. La señorita *Medellín* es un buen polvo.

Viniendo en helicóptero de un viaje de placer, hacia *Medellín*, Escobar, en compañía de Elsy Sofía y Rubén Londoño, la *Yuca*, uno de sus guardaespaldas, se accidentan sobre *Envigado,* en la loma de *El Chocho*. El rotor de cola del helicóptero falla y el aparato se precipita a tierra, cayendo sobre un frondoso árbol. Un colchón de barro detiene la caída de los ocupantes de la aeronave. Escobar rápidamente se pone de pie sin un solo rasguño, cubierto de barro hasta las orejas. Elsy se quiebra la mano izquierda, la *Yuca* se lamenta de la quebradura de su pierna derecha y el piloto, ileso, está atrapado en el helicóptero, que aún reposa sobre el gran árbol. Un segundo helicóptero que acompaña

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

siempre a Pablo, ve el accidente y sin pérdida de tiempo se aproxima. Aterriza y recoge a Pablo, Elsy y la *Yuca,* llevándolos al hospital de *Envigado*. Luego de esto, Elsy Sofía iba, con su mano enyesada, a donde Pablo la citara. Pero Pablo Escobar no era hombre de una sola mujer, siempre había una nueva, más bonita, más joven, más lujuriosa, más fina y con más clase. O no necesariamente con más clase, pues muchas de las más bellas mujeres de su colección, provienen también de las comunas, humildes barrios y modestos municipios. Algunas madres le ofrecen sus hijas al *Señor,* preparándolas previamente para complacerlo en la cama.

Yo me voy familiarizando en la organización, con tanto éxito y es tan apreciada mi lealtad, que llega el día en que Pablo Escobar, al terminar su relación sentimental con mi patrona, me dice: *"Ve Popeye ¿vos querés morirte conmigo*? *"*. Yo le contesto con una buena dosis de optimismo: *"Patrón, usted no se va a morir nunca"*. De ahí en adelante, no habría un día más importante en mi vida: ingreso al mundo de la mafia. En el barrio se riega la noticia como pólvora. Todos murmuran, con no pocas dosis de envidia: *"a Popeye lo matan este año".* Los que más hacen cábalas sobre el día de mi muerte son mis amigos, Hugo Franco y Juan Diego Morales. Paradojas del destino: yo sigo vivo y Hugo muere abaleado por un lío de faldas; Juan Diego encuentra la muerte a manos de la guerrilla.

Varios años después vuelvo a *Yarumal*. Mi pueblo es el mismo. Me dirijo a la plaza principal. En los pies de una vieja y fría estatua hay un cartel que dice:

«Se busca a
Jhon Jairo Velásquez Vásquez, alias "Popeye", vivo o muerto.
Recompensa $50,000.00 US».

No siento nada. Me alejo, callado y pensativo, de mi pueblo. El cartel ha reemplazado los honores de coronel con los que soñé, y ahora… ahora sólo soy un bandido...

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

Capítulo II

La forja de un Capo

Pablo Escobar, a lo largo de su vida, no olvidará jamás sus orígenes humildes, desarrollando una personalidad sencilla, sin ínfulas ni complejos de superioridad. Come cualquier alimento sin quejarse. Igual disfruta de una langosta con caviar que de un sencillo plato de arroz revuelto con huevo. No abandona sus zapatos tenis de taches, sus *blue jeans*, las camisas de manga corta, vistiéndose igual con ropa de marca o con la que adquiere en los almacenes *El Éxito*, de *Medellín*. De 1,68 mts., de estatura, cabello negro ondulado y condición robusta, es dueño de una mirada inquisidora y penetrante; permanece casi siempre de buen humor. Su vocabulario en todo momento es el adecuado y trata a su personal de seguridad y de trabajo, con total familiaridad. Se hace querer de sus más íntimos colaboradores. Aunque es parrandero y trasnochador, nunca se emborracha ni consume cocaína. Sólo bebe cerveza, la que suele acompañar con tres pitazos de marihuana. Se *traba* cuando está muy contento por el éxito de alguna operación delicada. Prefiere las reuniones familiares a las sociales con amigos, o a las de negocios. Pero, si como amigo es el mejor, como enemigo es el más despiadado y sanguinario que se pueda encontrar. No perdona una traición y la violación de un pacto es la peor ofensa que se le pueda hacer. Es un guerrero en todo el sentido de la palabra…

Hijo de doña Hermilda, una maestra de escuela y de don Abel, un humilde celador de barrio, Pablo Emilio Escobar Gaviria nace el 1º. de diciembre de 1949, en *Río Negro, Antioquia*, un pueblo de clima frío a 70 kilómetros de la ciudad de *Medellín*. Su juventud la vivió en el barrio *La Paz,* del municipio de *Envigado,* a 35 kilómetros de la capital antioqueña.

El adolescente Escobar Gaviria crece en medio de una sociedad de clase baja, influenciada por la cultura de la droga, en la que, de

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

la marihuana a la cocaína, se genera una pujanza en la economía, enriqueciendo fácilmente a aquellos que se dedican, en forma clandestina, a arriesgarse con el negocio. Siendo muy joven y en edad escolar, influenciado por profesores que militan en movimientos sociales y que promueven una lucha de clases, Pablo Escobar lidera manifestaciones izquierdistas, participando en pedreas contra la policía. En esas caldeadas actividades conoce a quien, en el futuro, será su esposa: María Victoria Henao, la *Tata*, de la cual se enamora profundamente y a la que nunca dejará de querer, hasta el día de su muerte.

…«En una de esas largas noches de nuestros ocultamientos, y durante las no menos largas charlas que solíamos tener el *Patrón* y yo, luego de preparar y servir para ambos su plato preferido de arroz revuelto con huevo, me atreví a preguntarle:

—*Patrón, ¿y cómo fue que usted empezó en ésto?*

—*Popeye, que pregunta me hacés vos… vení te cuento*:

«Todo comenzó cuando, siendo muy muchacho, instalé en mi barrio un taller de reparación y alquiler de bicicletas. Con lo producido por ese pequeño negocio pude comprar una moto *Lambretta*. Pero no estaba dispuesto a convertirme en un simple mensajero, yo no estaba *pa`esas vainas*. La utilicé para atracar diferentes establecimientos comerciales. Esta forma fácil de ganar dinero me entusiasmó y armamos una sociedad con mi primo Gustavo Gaviria Riveros y con el que después fue mi cuñado, Mario Henao. Pero eso sí, todos los trabajitos los planeé con el mayor cuidado, poniéndole atención a todos los detalles. Yo hacía inteligencia previa, cronometraba las rutinas de nuestros objetivos elegidos, estudiaba las rutas de escape, elaboraba planes y por sobre todo, trabajábamos con disciplina. Así nos iba bien y corríamos los menores riesgos posibles. Con el tiempo me especialicé en el robo de automóviles. Nos levantamos un infiltrado en un concesionario *Renault* quien, no sólo nos conseguía los duplicados de las llaves de los automóviles, sino también las direcciones de los compradores.

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

Esos robos nos resultaban muy fáciles y casi no enfrentábamos ningún peligro.

«Luego trabajé un tiempo con un contrabandista llamado Alberto Prieto, que me enseñó las mañas del comercio ilegal. Después me agarraron *in fraganti* robándome un carro y fui a parar a la cárcel *La Ladera,* de *Medellín*. Estuve poco tiempo, pero me sirvió de escuela porque, sabés *Popeye*, que para ser un buen bandido, es imprescindible un tiempito en la escuela de la prisión…

«Cuando salí de la cárcel hicimos, junto con Gustavo y Mario, nuestro primer trabajo importante. Secuestramos al viejo *Diego Echavarría Misas*, un industrial lleno de plata.

—¿Verdad Patrón, usted lo secuestró?… ese era el benefactor de mi colegio.

—Sí, Popeye… y nos tocó bajarlo.

—Yo me acuerdo que a todo el pueblo le dio muy duro. Fue un entierro con toda la pompa.

—Bueno Popeye, no me interrumpás…

«Después de esto nos iniciamos en el tráfico de drogas, muy modestamente, vendiendo pequeñas dosis de cocaína. Yo mismo, en un *Renault 4*, atravesé todo el país y me fui hasta Ecuador, a comprar cinco kilos de pasta de coca que venían del Perú para procesarla en *Medellín*. Por supuesto, había un montón de controles policiales y militares; para evadirlos se me ocurrió contratar una grúa, argumentando así, en los retenes, que el carro se había varado. Entonces metíamos *la merca* entre cables y cajas de herramientas. ¡La cosa caminó muy bien!

«Viendo el montón de plata que el negocito nos dejaba, empezamos a traer grandes cantidades de cocaína del Perú para mandársela a los gringos. Y ahí cometí mi primer error. El 16 de junio de 1976, en *Itagüí,*

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

me cogieron preso agentes del *DAS* al descubrir la cocaína que llevaba metida en la llanta de repuesto de un camión. Un mayor retirado de la Policía, llamado Carlos Gustavo Monrroy Arenas, Jefe del *DAS*, había ordenado el operativo en la frontera con Ecuador. El tipo tenía información de que unos *paisas* estaban ingresando, ya no pasta de coca, sino cocaína pura. Los detectives Luis Fernando Vasco Urquijo y Jesús Hernández Patiño nos descubren. A pesar que les ofrecimos una fuerte suma de dinero para que nos dejaran libres, rechazaron el soborno, así que nos decomisan veintinueve kilos de coca y vamos presos con Gustavo Gaviria y otros tres que nos acompañaban. Dado que la droga la traíamos de la frontera con Ecuador y el pedido de la captura lo había hecho un fiscal de Pasto, nos trasladan a esa ciudad, donde quedamos detenidos. Casi tres meses más tarde, el 10 de septiembre de 1976 y después de haberle dado buena plata al juez, logramos que nos revoquen el auto de detención. Regresamos a *Medallo* totalmente convencidos que el negocio de nuestra vida tenía que ser el tráfico de drogas. Empecé a ver el asunto en grande. Ya no más los pequeños cargamentos terrestres; usando avionetas comenzamos a traer la base de coca del Ecuador y del Perú, para procesarla en los laboratorios que instalamos con Gustavo y Mario; allí la convertíamos en cocaína pura y quedaba lista para enviarla a los Estados Unidos.

«Pero los desgraciados detectives Vasco y Hernández nos siguieron fastidiando y una noche, estando en Envigado, nos detienen a Gustavo y a mí. Nos llevan a una loma solitaria y alejada de la zona poblada, llamada *El Pajarito.* Allí nos hacen arrodillar con las manos en la nuca y, apuntándonos a la cabeza con una pistola *Smith & Wesson*, nos anuncian que nos van a matar. Yo, jugado por jugado, bajo mis brazos y abriéndolos en cruz, siempre arrodillado, comienzo a intentar convencer al detective Vasco que matándonos no ganaría demasiado y sí perdería la oportunidad de taparse de plata.

«Te aseguro, *Popeye,* que oler la muerte tan de cerca le da a uno una elocuencia impresionante. Lo cierto es que bastaron quince minutos para convencer a esos *malparidos* de que, a cambio de una gran suma de dinero, no nos mataran. Dejando a Gustavo como garantía, fui con

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

Vasco a buscar la plata, entregándosela al maldito en la cafetería en que nos habíamos citado.

«Fue de esta manera que logramos salvarnos de una muerte segura y quedar libres. Pero, una vez tranquilizados, le comento a Gustavo, refiriéndome a Vasco y Hernández: "estos detectives se mueren mañana". Gustavo, alterado, me replica: "espérate, Pablo, no podemos matar a agentes del Estado". Le contesto: "mira, si no los matamos, estos cabrones nos van a estar chantajeando toda la vida".

«Y así fue... Recuerdo que a eso de las 11:30 de la noche del 30 de marzo del 77, Jairo Mejía, a quien yo apodaba *JM,* me avisó que los detectives estaban tomándose unos aguardientes en su local, llamado *Toscana*. Los esperamos en un auto *Simca* conducido por Gustavo, hasta cuando ellos salen y abordan su *Dodge Dart* azul. Los seguimos sin perderlos de vista; al llegar a la oreja del puente de *Pan de Queso,* ellos disminuyen la velocidad, acelerando, Gustavo empareja los dos coches y eso me permite descargar íntegramente la pistola sobre los dos tipos. De esta manera me cobré las que me hicieron estos desgraciados... sobre todo la arrodilladita. ¡Me apunté mis primeros agentes del *DAS*!

«Y por ahí empezó la cosa…».

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

Capítulo III

El becerro de oro

Esa noche del 30 de Marzo del año 77, en que Pablo Escobar descargaba su arma en las cabezas de los detectives Vasco y Hernández, no sólo está cobrándose los tres meses de prisión que tuvo que soportar en Pasto, por culpa de estos agentes del *DAS,* está notificando al mundo que se encuentra dispuesto a venderle su alma al diablo, con tal de convertirse en el bandido más temido y más rico de Colombia, y quizá del mundo… El destino le ha puesto en bandeja a sus victimarios. Le ha dado el dinero para sobornarlos y si fuese necesario, asesinarlos. Además, ha aprendido la lección. No volvería a transportar él mismo, por carretera, la mercancía. Es una estupidez arriesgarse tanto. Basta con contratar *mulas* e intermediarios. Se jura a sí mismo no volver a pisar una prisión. Nunca más permitiría que nadie lo arrodillara, ni que nadie lo amenazara con un arma. A partir de ese momento, y en forma meteórica, la riqueza, el tamaño de la estructura criminal y el poder de Escobar, alcanzarían dimensiones inimaginables.

La piedra angular de la organización está constituida por su propia flotilla de aviones, para atender las rutas de la droga y para su uso personal. A la cabeza está un *Lear Jet – 25*, piloteado por los capitanes Flavio Alarcón y Roberto Striedinger. Esta aeronave resultaba ser la de tecnología más avanzada en la época. Tres helicópteros complementaban esta flotilla. Puestos sus ojos en el *Magdalena Medio Antioqueño*, adquiere la *Hacienda Nápoles* enclavada en una zona rica en aguas y semi-selvática, perfecta para el montaje de laboratorios. Lo primero que hace es establecer una pista pavimentada para sus operaciones aéreas, junto con un hangar de mantenimiento. En recuerdo de sus difíciles comienzos, sobre la portada principal de ingreso a la *Hacienda*, queda como monumento una avioneta *Piper PA18*. Construye las carreteras necesarias y, entre otras propiedades, erige una gran casa. Establece un novedoso zoológico con elefantes,

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

leones, tigres, jirafas, hipopótamos, canguros y toda clase de aves exóticas, adecuándoles su hábitat natural.

El clima tropical, entre 30 y 40 grados centígrados, le da a la *Hacienda* el ambiente adecuado, convirtiéndola en un paraíso. Varios lagos artificiales y naturales adornan y dan frescura al bello lugar. Los numerosos flamencos rosados hacen gala de la bonanza de la droga, junto con cebras, búfalos, gacelas, ciervos, avestruces, tortugas, mini-ponys, ñus, venados. Las aves adornan la casa principal y su algarabía es la voz del precioso paraje: guacamayas, tucanes, cacatúas, loros, periquillos. Al unísono confirman su hegemonía; los elegantes pavos reales se pasean en la zona de la piscina, mostrando su majestuoso plumaje. Los faisanes, comida de los reyes, aportan su cuota de elegancia. Una cancha de fútbol, donde van a prácticas los equipos profesionales, no puede faltar; la plaza de toros completa el conjunto. El zoológico es abierto al público y los visitantes del novedoso sitio circulan con sus automóviles, entre los animales; pero con la mirada puesta en la casa principal, esperan ver salir a Pablo Escobar con su escolta, que en más de una ocasión, se mezcla con los visitantes.

Luis Hernando Gaviria, llamado *"Nandito",* es nombrado por Pablo y Gustavo Gaviria como administrador de la inmensa *Hacienda Nápoles*. A cinco minutos el pueblo más cercano, *Doradal,* próspera grandemente por haberse convertido en destino turístico y lugar obligado para el abastecimiento de las propiedades de Pablo, así como para las compras de los propietarios de las fincas de recreo vecinas. A veinte minutos en carro está *Puerto Triunfo*, un pueblo a orillas del caudaloso *Río Magdalena*. Escobar ordena construir un gran lago para deportes náuticos y una bella cabaña de madera, a media hora en carro de la *Hacienda Nápoles*. La vegetación que rodea la zona y el agradable clima, enmarcan un bello y paradisíaco espacio. Entrando a la zona sobre el cristalino y caudaloso río, construye a orillas del mismo, otra lujosa cabaña de madera. A todo este paraíso le agrega su sello personal: una replica del carro de *Al Capone*, el célebre mafioso norteamericano, puesta en exhibición en el zoológico al lado de una de las garitas de vigilancia. Una madrugada en que Pablo llega con sus guardaespaldas a la *Hacienda*, se queda mirando

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

el auto y dice:

—A este carro le falta algo para que de verdad se parezca al del famoso Al Capone.

Saca su pistola y le dispara, dejando marcados los agujeros que le dan *autenticidad*. Al oír los disparos, el celador que acaba de ser relevado, sale del baño y le dice al *Jefe:*

—Don Pablo, hace un minuto que me acabo de parar del automóvil; ahí duermo cuando termino mi turno.

Por poco, el pobre hombre es ajusticiado por el mismo Escobar.

Para esta época, ya lleva varios años de casado con la *Tata* y tiene dos hijos, *Juan Pablo* y la luz de sus ojos, su niña *Manuela*.

Con la extraordinaria bonanza del dinero de la cocaína y la cantidad de políticos que lo visitan, desde los sencillos concejales y diputados, hasta los senadores y grandes representantes a la Cámara, Pablo Escobar se deja tentar por el poder y comete el grave error de incursionar directamente en la política colombiana. Entre enero de 1979 y diciembre de 1980, crea un programa denominado *Civismo en marcha*, y otro, muy exitoso, bautizado *Medellín sin tugurios*; éstos le dan la base a su propio y nuevo movimiento político, el cual recibe por nombre *Renovación Liberal en Antioquia*. Apoyado y entusiasmado por políticos de renombre nacional como *Jairo Ortega* y *Alberto Santofimio Botero,* su movimiento se inscribe dentro del nuevo liberalismo fundado por el abogado y prestigioso político *Luis Carlos Galán Sarmiento,* quien fuera Ministro de Educación de la Nación, a los 26 años de edad.

Con su inmenso capital, producto del narcotráfico, construye un barrio de 300 casas, donándolo en su totalidad a personas pobres que habitan tugurios en el basurero de la ciudad. Va de barrio en barrio construyendo canchas de fútbol e iluminando las ya existentes.

Aprovecha y micrófono en mano, empieza a coger confianza,

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

Pablo Escobar haciendo proselitismo político en compañía de William Jaramillo.
(Foto cortesía periódico El Espectador)

pronunciando los primeros discursos ante su pueblo, haciendo conocer su propuesta política, basada en un mensaje elemental: *voten por mí y yo les doy plata*. Compra los mejores lotes, ubicados en el barrio *El Poblado* donde construye lujosos edificios, entre los que se encuentra el famoso edificio *Mónaco,* donde fija su residencia familiar, en el penthouse, dejando el resto del edificio vacío; sólo un apartamento es ocupado por su equipo de guardaespaldas. El barrio *El Poblado* es la residencia de los ricos de la ciudad. Invierte allí gran cantidad de dinero en propiedad raíz. Los banqueros buscan a Escobar para que mueva el dinero en sus entidades y le ofrecen todo tipo de seguridades y confidencialidad. El dinero de la droga cambia la vida de la ciudad y una nueva clase social emerge sobre los ricos tradicionales, quienes, a su vez, buscan a los prósperos mafiosos para venderles sus quebradas industrias y sus propiedades familiares, al triple de su valor real, en dinero líquido contante y sonante. Ya los automóviles de lujo no eran exclusividad de los mismos de siempre. La construcción se dispara en la ciudad, los bienes raíces se encarecen. Las discotecas son el lugar de bellas mujeres y detrás van los mafiosos. Las más ostentosas discotecas son construidas por los barones de la droga. La cultura del dinero fácil se riega en la ciudad. En el aeropuerto *Olaya Herrera,*

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

de *Medellín*, Pablo tiene hangares para sus aeronaves. Entre tanto, la actividad mafiosa de Escobar va paralela con su actividad política. Una revista de circulación nacional le da portada como el *Robin Hood Antioqueño*.

El exclusivo, temible y poderoso equipo de seguridad de Pablo Escobar está compuesto por Rubén Londoño, alias la *Yuca*; Luis Alberto Castaño, alias el *Chopo*; Luis Carlos Aguilar Gallego, alias *Mugre*; Otoniel González Franco, alias *Oto*, todos del municipio de *La Estrella*; Luis Fernando Londoño Santamaría, alias el *Trompón* y José Luis, alias *Paskin*, del municipio de *Itagüí*; Jhon Jairo Arias Tascón, alias *Pinina* y *Julio Mamey*, de *Campo Valdés*; Carlos Mario Alzate Urquijo, alias *Arete*, de *Aranjuez*; *Flaco Calavera*, de *Manrique*; Jorge Eduardo Avendaño, alias *Tato* y Carlos Arturo Taborda Pérez, alias *Carlos el Negro*, de *Envigado*.

Pablo Escobar disfruta de su dinero y vuela, con sus amigos, en su jet privado a los carnavales de *Río de Janeiro*, en el *Brasil*. Gasta dinero a manos llenas, en bacanales y fiestas. Entra a los *Estados Unidos* en su avión e igualmente se da una vida de reyes en los mejores hoteles de *Miami* y las otras ciudades principales del país, acompañado de su familia y amigos. Renta limusinas y helicópteros para sus desplazamientos. En uno de sus viajes lleva a su hijo *Juan Pablo* a la ciudad de *Washington D.C.*, y se toma la famosa foto junto con él, frente a *La Casa Blanca.* Es su forma de decir que ha alcanzado el sueño norteamericano. Adquiere una gran mansión de verano en *Miami* e invierte en un condominio de apartamentos de la misma ciudad. Sus viajes de placer los completa con grandes fiestas en su *Hacienda*.

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL